

2012

Ezio Neyra. *Tsunami*

Victor Ruiz Velazco

Citas recomendadas

Velazco, Victor Ruiz (April 2012) "Ezio Neyra. *Tsunami*," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 75, Article 48.

Available at: <http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss75/48>

Neyra, Ezio. *Tsunami*. Lima: Borrador Editores, 2012.

Escrita en clave de una conversación velada que hacia el final nos muestra el juego que el autor ha desarrollado con los tiempos narrativos (uno de sus mayores méritos) y el trabajo minucioso con los vasos comunicantes, *Tsunami*, la más reciente novela de Ezio Neyra, da cuenta de un andamiaje sólido y de un nivel de ejecución verdaderamente valorable. No es la novela de un joven escritor, sino de uno de oficio. Nada es gratuito, empezando por la elección del narrador y la forma del diálogo en que es planteada la historia; por esa razón, el libro al final se comporta como un ente vivo que se reformula y se fortalece en su avance, impulsado a veces por preguntas o comentarios del interlocutor, en *off* la mayor parte del tiempo.

Así, *Tsunami* se comporta como una ola gigantesca producida por un terremoto en el lecho submarino: la vida de Leandro, narrador y personaje principal que nos cuenta la historia de su paso a la adultez, el cual está determinado por el comienzo, desarrollo y final de su primera relación amorosa importante, adulta, y por ende fallida, con Julia—una mujer que conoce a través de un amigo que le aconseja buscarla en Buenos Aires, donde Leandro se dispone a ir invitado por su madre, quien intenta encontrar la ciudad que conoció gracias a su padre, con quien viajó cuando ella era muy joven. En esta disposición, Julia hace las veces de una especie de guía en la gran metrópoli, y desde allí se irá desplazando hasta constituirse en la guía que regirá, al menos por un tiempo, la vida de Leandro.

Con el tiempo, a medida que esta historia central arrastre otras historias menores, Leandro terminará de configurar una suerte de historia familiar que atraviesa tres generaciones. Entonces quedará en evidencia que la aparente ola que lo sepulta (el fracaso de su relación con Julia, el alejamiento de la hija que los dos tienen) en realidad ha atravesado a su familia, empezando por su abuelo, y sucede que en él, en Leandro, reventó, tocó tierra y causó más estragos, por su juventud, por su impericia.

Las historias que atraviesan *Tsunami* están dispuestas para configurar una red de contrapuntos, con la intención de incidir en el hecho (en el sentido bergsonianos del término) y su capacidad de duración en el tiempo. El tiempo detenido que sigue a un acontecimiento desastroso o trágico y que nos impide

movernos, nos ata. La cicatriz que nos remite a la herida que la antecedió.

La principal alegoría es esta ola monstruosa que levanta todo a su paso. Lo que podemos ver en el discurso son las crestas, y lo que está bajo la superficie es el valle que sigue a dichas olas y hace posible que la ola siga avanzando; así, por ejemplo, la imagen real del *tsunami* que azota el puerto donde está ubicada la casa familiar, levanta sus cimientos y con ello se entrevé la historia del abuelo de Leandro, quien tras huir de la devastación de la guerra, llegó “sin un centavo en el bolsillo” y se volvió próspero. La casa había simbolizado antaño la seguridad que se alcanza luego de bregar contra todos los obstáculos, representa el confort, la salvación que (por el sentimiento trágico de la vida) sólo aplaza el momento de la muerte. Lo aplaza tanto que sólo nos queda recordar e imaginar lo que pudo ser, como en el caso del patriarca, cuya prosperidad ostentosa hasta cierto punto en bienes materiales guarda el secreto de haber tenido que renunciar a algo más grande y añorado: el amor, o la idea del amor. El abuelo estuvo enamorado de una joven griega de nombre Nikolina, durante la invasión de Italia en tierras helenas, pero el amor no pudo darse; él así lo asumió y continuó con su vida: “[...] una cosa fue llevando a la otra, comenzaron a salir los negocios, y Grecia cada vez parecía más lejos. Luego de Bolivia me vine a Perú y todavía en ese momento pensaba en ella, pero las cosas estaban caminando bien, era muy difícil irme [...] había que voltear la página” (p. 147), le explica a Leandro.

Así como una ola que arrastra a su paso una mayor masa de agua y con esto incrementa su fuerza, todo se resume en un solo movimiento (el *hecho* es irrepetible pero podemos acercarnos a revivirlo, actualizarlo, en las secuelas, los ecos y cicatrices que deja), es la fuerza del tiempo que no puede ser detenida, es la misma ola que surca el mar y que nos habla, en el caso de la historia familiar de Leandro, de una serie de relaciones que pudieron llevarse a cabo por resignación o comodidad, pero que finalmente, por más que dieron fruto en algunos casos (Leandro es muestra de ello; su propia hija Luciana también lo es), estuvieron sustentadas en una ilusión o mentira. En el caso del abuelo, este se resigna a “voltear la página” de su historia con Nikoleta: “No podía seguir viviendo del pasado porque donde había que estar era en el presente y me tocaba disfrutar de mi familia.” En el caso de los padres de Leandro, tras años de insostenible convivencia, el padre termina por abandonar a su madre y le comunica esta decisión a su hijo a través de un correo electrónico: “Estuve aplazando esta decisión porque todavía te veía muy chico para dejarte. Pero ahora ya estás grande y tengo la esperanza de que me entiendas. No es por ti que me voy, hijo, es simplemente que no puedo seguir concibiendo mi vida junto a una persona a la que no amo más y en un contexto en el que ya hace tiempo he dejado de ser feliz [...]” (p. 130). El mismo Leandro se ve inmerso en esa gran masa que lo arrasa, pues tras ser avasallado por lo que experimenta con Julia en Buenos Aires, decide dejar todo como está, pero termina cediendo a los embates de Julia, de lo que representa, desde su forma porteña de hablar

hasta la idea de libertad: “cuando al final de su correo [el de Julia] me dio una lista de razones por las cuales me extrañaba y por las que quería volverme a ver pronto, sentí que mi corazón latía más rápido, y entonces, no sé si debido a su insistencia o simplemente por pura resignación o porque tenía ganas de irme de casa de mamá, fue cuando empecé no solo [sic] a hablar de ella sino también a pensar en viajar nuevamente a Buenos Aires” (p. 59).

Pareciera, sin embargo, que esa debilidad que implica la juventud de Leandro, y que lo hace más susceptible al golpe de la ola, es también su fortaleza. Aún siente y tiene la juventud para recomponer su vida, cambiar de rumbo. Tiene el tiempo para decidir no sólo que pase el temporal y quedarse aislado en la ilusión de una vida plena basada en las mentiras o en la resignación; él puede elegir.

Beckett pensaba que el oficio del escritor era el de “horadar agujeros” en el lenguaje para que se muestre y se oiga todo aquello “que está oculto detrás.” Si la literatura—como dice Deleuze—es “una salud,” el escritor habrá de llegar a ella en busca de la cura a su padecimiento, o al encuentro de otros males. De cualquier modo, éste nunca volverá a ser el mismo. Intuyo que ésta es la premisa que motiva a un escritor como Ezio Neyra. No se trata de una búsqueda de sentido. No se trata de encontrar una caleta o un puerto al cual llegar para refugiarse después de haber amainado y desde allí contar la gran épica del sobreviviente. No. No hay lecciones aprendidas. No hay una moraleja que sacar. Sólo la sensación de que, con suerte, podemos hallarnos en el espacio que dejan dos palabras.

Víctor Ruíz Velazco
Director de Lustra Editores